

REFLEXIONES DE UN TRADUCTOR IRREFLEXIVO

*Miguel Sáenz**

“Entonces, ¿tanto tiempo hace que no piensa?”.

(Alguien –quizá Voltaire–, a un traductor que le aseguró que llevaba muchos años ejerciendo su profesión).

La soledad del traductor de fondo se ha convertido en un tópico. Sin ánimo de discutir ahora las ventajas o inconvenientes de la soledad, es indudable que el traductor literario, que a veces no tiene demasiadas ganas de traducir, se pasa las horas muertas frente al ordenador y, aunque quiera, no puede dejar de pensar. A juzgar por lo que luego se lee en las revistas del gremio, sus pensamientos se centran, sobre todo, en su triste condición. ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo, adónde voy? ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿No estaré malgastando mi indiscutible talento?

En mi caso, las reflexiones no se refieren tanto a mi persona como a mis traducciones, a esos libros que fabrico. Y el proceso mismo de traducir tampoco me preocupa demasiado, aunque a veces escriba sesudos artículos para alguna publicación especializada o dé conferencias a estudiantes casi siempre convencidos de antemano.

En general, hay que reconocer que al traductor le gusta darse importancia. Ninguneado, menospreciado, malpagado y, muchas veces, a su pesar, invisible, lo único que desea realmente es que le digan alguna palabra amable de cuando en cuando. Y resulta trágico que si –rara vez– esa palabra llega, suele venir de un crítico, que, como es natural, le cae muy bien pero a quien no concede gran autoridad en la materia.

Para compensar, el traductor suele poner de relieve, siempre que puede, la trascendencia de su oficio. El traductor es un autor: lo dice tajantemente

* Miguel Sáenz es doctor en Derecho y licenciado en Filología Alemana por la Universidad Complutense de Madrid y doctor honoris causa en Traducción e Interpretación por la Universidad de Salamanca.

la Ley de Propiedad Intelectual española, texto refundido aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril. Sí, pero ¿autor de qué? Para responder, el traductor suele utilizar dos líneas de ataque contradictorias: a) un traductor es tan escritor como el autor original, que en realidad sólo tuvo la suerte de ser el primero; b) todos los, así llamados, autores originales son en realidad traductores; la originalidad es un mito que se nos ha quedado del Romanticismo.

Al traductor no le faltan autores para apuntalar sus tesis. Sobre la primera, su mejor apoyo es Walter Benjamin. A pesar de la considerable oscuridad de su ensayo *La tarea del traductor* (aumentada, dicho sea de paso, por sus traductores), las ideas de Benjamin resultan gratificantes. El puesto que ocupa una obra en la historia de la literatura es el de esa obra con sus diversas traducciones, que van iluminando y enriqueciendo sus facetas. El traductor suele citar aquí a Renan: “Una obra no traducida sólo está publicada a medias”.

Por lo que se refiere a la literatura en general considerada como traducción, la lista de autores simpatizantes, de Novalis a Octavio Paz, sería larga. Yo mismo, sin ir más lejos, escribí una vez (parafraseando a Eugenio D’Ors) que, en literatura, “lo que no es traducción es plagio”. Botho Strauss fue más lejos aún, en *Los errores del copista*, al aseverar que todo se ha escrito ya y que un autor sólo es original cuando se equivoca al copiar. (Lo que podría llevar a la peligrosa conclusión de que el traductor, como copista del copista, es el más original, porque comete errores no sólo con respecto a la fuente del original sino también con respecto a la primera copia). Por su parte, Tim Parks ha sometido a sus alumnos a una especie de cata a ciegas de textos de escritores ingleses (D. H. Lawrence, Virginia Woolf, Henry Green) con sus respectivas traducciones al italiano, comprobando con asombro que los alumnos identificaban casi siempre las traducciones como originales y los originales (que les parecían más imperfectos) como traducciones.

En cualquier caso, como antes decía, no es ése el problema que me suele preocupar, sino el de qué son realmente mis traducciones. ¿Libros que escribo en español utilizando seudónimos como Thomas Bernhard, Günter Grass o Bertolt Brecht? Me parecería un poco fuerte asegurarlo. Por eso prefiero la metáfora de la adopción: el traductor no es más que un padre adoptivo que ama tiernamente a sus traducciones, exactamente lo mismo, o más, que si fuera su padre biológico.

Ahora bien, con el paso de los años, mi actitud hacia mis traducciones ha cambiado. Antes no las firmaba jamás cuando por azar me pedían un autógrafo. Cortés y modestamente, desviaba al devoto lector hacia el autor original (siempre que éste no hubiera muerto, claro). Hoy escribo sin pestañear “con la amistad de” o “afectuosamente”, y firmo mi texto.

Aunque luego me entran dudas. Lo que hago cuando escribo esos libros míos es algo más que un simple karaoke; en realidad estoy dando gato por liebre, haciendo pasar por gran literatura lo que sé que no lo es. Y recuerdo también que, por principio, no suelo leer traducciones de libros cuyo idioma original pueda entender sin dificultad. Sé que podría aprender mucho de otros traductores, pero la vida es demasiado corta para dedicarla a esos menesteres. Y aquí viene a cuento una anécdota de Manuel Summers, aquel director de cine que tan bien supo aunar poesía y humor. Preguntado cuáles eran sus directores de cine favoritos, dijo que en realidad solía ver también películas de directores malos, porque aprendía muchísimo. (Desgraciadamente, luego le pidieron ejemplos... y los dio).

En definitiva, creo que tengo que aferrarme a la metáfora de la paternidad o, mejor dicho, de la maternidad. Para mí ha habido siempre un momento en la creación literaria “original” que me resulta penoso, a causa de los dolores (contracciones es la palabra políticamente correcta) del parto. Revisar luego mi primer borrador, manipularlo y pulirlo hasta la náusea me produce un placer inmenso. En cambio, cuando traduzco, tengo la ventaja de encontrarme con el niño ya nacido, y sólo tengo que ocuparme de bañarlo, cambiarle de pañales y criarlo sano y rollizo. Lo que es una gozada.

Mi cita favorita en los últimos tiempos es un párrafo de Nyssen: “Hay que rendirse a la evidencia: un traductor, uno verdadero, es un escritor. [...] Es posible que no haya compuesto nunca un libro de su cosecha, puede haber limitado su ambición a hacer obra sólo con la obra de otros [...] pero en su ejecución se reconoce el dominio de la escritura y la conciencia de que ésta debe correr y circular como la sangre en el cuerpo...”.

En cuanto a reflexionar... ¿Qué es reflexionar? ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo, adónde voy? ¿No me cundiría mucho más dedicarme a cualquier otra cosa?

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, W. (1992). “Die Aufgabe des Übersetzers”, *Sprache und Geschichte*. Stuttgart: Reclam.
- Cary, E. (1956). *La traduction dans le monde moderne*. Ginebra: Georg & Cie.
- Nyssen, H. (1993). “De la traduction”, *Liberté* 35.1: 54-55.
- Parks, T. (1998). *Translating style*. Londres/Washington: Cassell.
- Strauss, B. (1999). *Die Fehler des Kopisten*. Múnich/Viena: Carl Hanser.